

# Maria.

## RECUERDOS.

**TRISTE**, abatido, pesaroso, descorro el velo de lo pasado donde miro esparcidas las brillantes ilusiones que en un tiempo me halagaron... Tiempo feliz aquel en que el sol me sorprendia pensando en tí, María celestial, y se ocultaba en el ocaso sin que desaparecieras un instante de mi imaginacion. ¡Cuánto te amaba, angelical criatura! ¡y cuán grato me es ahora recordar mi amor puro y sacrosanto! Este recuerdo enternece al alma mia, y entonces vaga en mi mente un triste pensamieno.....

Yo te amaba, María, y tú no supiste mi amor; desesperado sofocaba en mi pecho una pasión de la que solo tú eras la causa: yo, pobre, humilde, malandante, no me atreví á declararte mi amor, y tú, exaltada hasta la elacion, ignorabas que te consagraba aun mis mas leves pensamientos.

Cuando la argentada luna difundia sus cándidos destellos sobre la tierra, sola tú ocupabas mi imaginacion: comparaba mi situacion á la tuya, y entonces se extinguia mi esperanza como oculta la perla de los cielos, tras los celajes su nítido esplendor.

Yo pensaba en tí, cuando contemplaba las rutilantes estrellas que fulguran en el firmamento azul; y tanto cuanto son nu-

merosas, eran flores que miraba sembradas en el camino de mi transitoria vida.

Yo pensaba en tí cuando veia aparecer la aurora en el aurífero horizonte: miraba tu imagen pura retratada en el celaje de rosicler y plata, porque así estabas en mi imaginacion. María, adorable María, yo pensaba en tí á cada hora, á cada instante, á cada latido de mi pecho.

Pasaba las horas á tu lado contemplando tu belleza, escuchando tu dulce voz, oyendo las armonías del sonoro fortepiano que pulsabas placentera; y á cada vibracion de aquel instrumento se agitaba mi alma, y exaltábase mi pensamiento.

Así embriagado con tus encantos pasé un año mirándote á todas horas; mas ¡ah! ¡recuerdo doloroso! llegó el fatal dia de nuestra separacion; momentos crueles que me sumergian en un océano de amargura: llegó por fin el instante malhadado en que debia decirte acaso el postrer á dios, y pude al verte sofocar mis sollozos. Cuando por última vez te estreché contra mi pecho, un dardo agudo me traspasaba el corazón; el dolor ahogaba mi voz, y solo pude pronunciar tu nombre grato.—“¡A dios!” dijiste llena de ternura; entonces ardientes lágrimas inundaron mis mejillas que fueron á humedecer tu seno virginal.

Yo partí lleno de melancolía, llevando en la frente el sello del dolor: cada instante me alejaba mas de tí, y cuando volvía la triste vista hácia el lugar donde se quedaba mi adorado bien, miraba tu imagen retratarse allá en la profundidad del éter puro.

Cinco años he pasado rodeado de amarguras y tormentos, sin la esperanza de volverte á ver, estrecharte contra mi seno, y declararte el sacro fuego que consumiera mi alma. Cinco años sufrí los rigores de la fatal ausencia y busqué un objeto que me infundiera nuevas sensaciones y lanzara de mi pecho el amor mas puro, pero mas desgraciado al mismo tiempo.

Cuántas dulzuras y plácidos ensueños me inspirabas, incomparable mujer; mas todo se acabó, todo pasó cual fugaz exhalacion.

Hoy ocupado en otras ilusiones que me presagian un feliz porvenir, no puedo brindarte con mi amor; pero si te consagraré eternamente mis melancólicos recuerdos. Y tú, María, si alguna vez miras al través del velo del olvido el tiempo de mi fe-

licidad, fija en mí un instante tu imaginacion y conságrame al menos un recuerdo en recompensa de mi pasado amor. Yo entretanto rogaré al Señor que prolongue tu existencia y la colme de ventura.

¡María! si alguna vez estos recuerdos por una feliz casualidad llegaren á tus manos, muy léjos estarás de imaginar que tú los has inspirado; pero si traes á la memoria el tiempo de nuestra familiaridad, sospecharás que aquel jóven tan indiferente para tí te amaba con delirio, y eras para él el ángel de la bienandanza en cuyo pecho habias encendido el mas puro y sacrosanto fuego.

Suave brisa de la tarde que arrebatas el aroma de las flores cuando exhalan su fragancia, recoge estos recuerdos y llévalos al oido de María, para que si sabe que fué amada por mí en un tiempo, tribute al menos un rasgo de compasion al que consumiera su existencia por adorarla.

Aguascalientes, marzo de 1851.

J. F. L.

(Remitido para la semana.)

## MISCELANEA.

### ALFOMBRA FRANCESA.

La ALFOMBRA del salon de embajadores en Versalles salió de la manufactura real de los Gobelinos en 1846. Esta obra, que se comenzó en 1783, tiene una orilla compuesta de guirnaldas de flores y arabescos de una ejecucion consumada y en sus cuatro esquinas hay cuatro ramilletes grandes de rosas, copiados de pinturas por madama Elizabeth, hermana de Luis XVI, comprendiendo todas las especies de rosas conocidas en Francia hasta fines del siglo XVIII.

### CONSEJO A LOS PADRES DE FAMILIA.

Cuando se ha acostumbrado el niño á resistir la voluntad de sus padres, está propenso á contraer un hábito de insubordinacion que suele llegar hasta el grado de no bastar amenazas ni ruegos, ni premios ni castigos para corregirle, dando así lugar á mil pesadumbres y congojas en lo sucesivo. Hácese pues de todo punto indispensable que todo mandato de los padres sea llevado á efecto. Pero tambien es rigurosamente indispensable que todo mandato sea razonable; que su cumpli-

miento por parte del hijo no acarree á este ninguna molestia ó pena innecesaria, y que sea proferido con palabras amables y afectuosas, sin manifestar nunca resentimiento ni pasion. Toda reprimenda ó correccion hecha con ira y en términos destemplados se ve siempre como efecto de debilidad y frustra el objeto con que se emplea.

EXTREMOS OPUESTOS.

Los literatos pueden dividirse en dos clases, á saber: los que viven para estudiar y los que estudian para vivir; propendiendo los primeros á ennoblecer la literatura y á degradarla los segundos. Aquellos por lo general sobreviven á sí propios; estos por lo comun mueren y son olvidados en vida, pues lo que se escribe para el dia, debe acabar con el dia.

LO QUE MUEVE AL MUNDO.

Trae á todo el mundo en movimiento, á saber: la sed de fama, las aspiraciones de la ambicion, el ansia por las riquezas, el horror por la pobreza.

LA AFAMADA JENNY LIND.

Esta famosa cantatriz á quien se ha dado el sobrenombre de *el ruiseñor*, ha dado en Filadelfia tres conciertos que le han producido ¡TREINTA MIL PESOS!

CHARADA.

A MARIPOSA.

Mi primera y mi segunda  
Forman nombre de mujer,  
Y en los prados suele ser  
Quien aumenta su belleza.  
Sola mi tercera es rio;  
Y mi todo es con union  
Objeto de devocion,  
Que todo fraile me reza.

Tambien soy advocacion,  
Y nombran sin embarazo  
Con mi nombre, al espinazo  
Cuando se halla descarnado.  
Mas si quitares la letra  
Primera de mi primero,  
Sin ella quedo agujero  
De un lugar santo y sagrado.

La Chala.

La solucion en el número siguiente.

Solucion de la charada del núm. anterior.

No hay bajo el cielo, en rigor,  
Pasion que destruya á el alma  
Y que la robe la calma,  
Tan fuerte como el AMOR.  
De este amor, si el hombre toma  
Las letras con libertad,  
Hallará de una ciudad  
El nombre ó blason, que es ROMA.  
Y si el ROMA cambia ufano,  
Hallará el santo extranjero  
MARO, mártir verdadero,  
En el tiempo de Trajano.  
Y tras él, sin mas demora,  
Las letras variando fiel,  
A la mujer de un infiel  
Ha de ver, llamada MORA.  
Del mismo amor sale RAMO  
Que es macho de la hembra planta,  
Y el presente ARMO, que espanta  
Al que tiene alma de gamo.  
Y puesto ya de otra forma  
Da, si un poco se trabaja,  
De un zapatero la alhaja  
Mas indispensable, es la ORMA.  
La pasion tomé por norma;  
Y de ella, ¡capricho raro!  
Sale AMOR, ROMA, ARMO, MARO,  
MORA, RAMO, y al fin ORMA.  
Disimulad por quien sois,  
Si no adiviné en efecto;  
Y recibid el afecto  
De—*Niceto Zamacois.*



J. R. NAVARRO, Editor.

## LA BENDICION DE LOS NIÑOS.



*Sinit parvulos venire ad me.*

**Y** PARTIENDOSE de allí se fué á los términos de la Judea de la otra parte del Jordan: y volvieron las gentes á juntarse á él, y de nuevo los enseñaba como solía.

2 Y llegándose los fariseos, le preguntaban por tentarle: Si es lícito al marido repudiar á su mujer.

3 Mas él respondiendo, les dijo: ¿Qué os mandó Moisés?

4 Ellos dijeron: Moisés permitió escribir carta de divorcio, y repudiar.

5 Y Jesús les respondió, y dijo: Por la dureza de vuestro corazón os dejó escrito este mandamiento.

6 Pero al principio de la creación, macho y hembra los hizo Dios.

7 Por esto dejará el hombre á su padre, y á su madre, y se juntará á su mujer.

8 Y serán dos en una carne. Así que no son ya dos, sino una carne.

9 Pues lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.

10 Y volvieron á preguntarle sus discípulos en casa sobre lo mismo.

11 Y les dijo: Cualquiera que repudiare á su mujer, y se casare con otra, adulterio comete contra aquella.

12 Y si la mujer repudiare á su marido, y se casare con otro, comete adulterio.

13 Y le presentaban unos niños para que los tocase. Mas los discípulos reñían á los que los presentaban.

14 Y cuando lo vió Jesús, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad los niños venir á

Tom. II.

mí, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios<sup>1</sup>.

15 En verdad os digo: Que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él.

16 Y abrazándolos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía.

17 Y cuando salió para ponerse en camino, corrió uno á él, é hincándose de rodillas, le preguntaba: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?

18 Y Jesús le dijo: ¿Por qué me dices bueno? Ninguno bueno sino solo Dios:

19 Bien sabes los mandamientos: No hagas adulterio: No mates: No hurtes: No digas falso testimonio: No hagas engaño. Honra á tu padre y á tu madre.

20 Mas él respondió, diciendo: Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud.

21 Y Jesús poniendo en él los ojos, le mostró agrado, y le dijo: Una sola cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el Cielo: y ven, sígueme.

22 Mas él, afligido al oír esta palabra, se retiró triste: porque tenía muchas posesiones.

23 Y Jesús mirando al rededor, dijo á sus discípulos: ¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios, los que tienen riquezas!

San Márcos, X.

<sup>1</sup> Véase la estampa. 3

## JUGAR CON DOS BARAJAS.

(Crónica contemporánea.)

Por Eufemio Romero.

(CONTINUA.)

### IV.

#### PRIMER TOQUE DE MARCHA.

POR los tiempos de que vamos hablando había como ahora en Méjico varias casas de hospedaje sobresalientemente incómodas casi todas y espléndidamente mal servidas la mayor parte: lenguas malignas habrá, con dolor lo presentimos, que dando á nuestros inocentes conceptos una latitud que notoriamente no tienen, agregarán allá para sus adentros, que en materia de casas de hospedaje nada se ha mejorado en la capital de la confederación mejicana; pero tenga en cuenta el benévolo lector que no dice otro tanto este relato.

En uno de los cuartos ó mas propiamente celdas á la penitenciaría de la famosa Gran Sociedad, dos mozalvetes aguardaban, el día 7 del mes y año que citados dejamos, á cosa de las diez de la mañana, que les fuera servido, cuando al dueño de la casa le viniese de ello el antojo, un almuerzo extraordinario, pedido con muchas horas de anticipación, en obvio de los inconvenientes y perjuicios de una improvisación culinaria.

El uno de los jóvenes, riguroso elegante, tendría unos diez y nueve ó veinte años. Era mas bien alto que bajo de cuerpo, de boca pequeña, labios tal cual gruesos, pero asentados, nariz aguileña, ojos

verdiazules y dormidos, frente larga poco saliente: su rostro demasiado largo para un óvalo y no bastante ancho para un círculo, acusaba por entre el mentís ineficaz del colorete la vida desordenada de su portador, quien por otra parte daba realce á sus gracias naturales con una cabellera de brillante color pardo, muy esmeradamente peinada á la novísima, corsé muy bien ajustado, guantes nuevecitos, casaca oscura de última moda, bota de charol perfectamente *confeccionada*, pantalon blanco de esmeradísimo corte; y por complemento de tanta seducción, participando de lo natural y lo figurado, enlazando primorosamente la naturaleza con el arte, descollaba ostentando sus galas un bigotito de los mas eucos, capaz de competir en calidad y figura con el famoso bigote del marqués de Rio Santo.

El otro mozo dejaba descubrir ciertos resabios de lo que llaman los hijos de Méjico *payo*: tenía poco mas ó menos la misma edad que su compañero. Trigueño rosado, regordete, musculoso, de boca dilatada y labios gruesos pero muy encarnados, nariz recta, ojos grandes, negros y expresivos, frente ancha y prominente, llevaba en su rostro, mas bien ancho que largo, la expresión pura y franca de una alma candorosa y de una vida arreglada. Por lo demás, su traje que consistía en

un chaleco de raso aplomado, saco de paño pardo, corbata negra de seda, pantalon de casimir azul oscuro y botas muy limpias, revelaba lo modesto de las aspiraciones del personaje que le traía, por mas que su largo cabello fino, peinado pero no rizado, pudiese inducir en el error de que hubiera mas estudio que naturalidad en aquella visible negligencia.

Levantáronse ambos, obedeciendo á un simultáneo impulso de impaciencia, de la misma mesa redonda junto á la cual habían ya estado un largo trecho sentados, para dejar que maniobrara con libertad completa el criado que debiendo no tardar en presentarse, se dejó en efecto ver en el cuarto-celda conduciendo los utensilios precursores del almuerzo tantas horas antes anunciado y esperado.

—¡Hombre!... exclamó el elegante comensal cuya indignación gastronómica sublevó la presencia del fámulo; ¡hombre! qué bien que lo haces!... Llevamos un año de estar aquí hechos unos... ¡pelicanos!... ¡Bah, bah, bah!...

—Pues si no se ha podido despachar mas antes, respondió gruñendo el doméstico al tiempo que secaba con su delantal los platos.

—Lo peor es, prosiguió aquel dirigiendo la palabra á su compañero, previa una mirada de inequívoco desprecio al sirviente, que hoy te se hará mala obra para la misa de la Profesa.

El interlocutor, al decir esto, descolgó á sus labios una significativa sonrisa, y comenzó la faena de pasar por entre sus cabellos los dientes de un primoroso peine de marfil que para el efecto sacó de la bolsa *pechera* de su casaca.

El compañero barbotó, desde la puerta del estrecho aposento, algunos vocablos ininteligibles y al percibir el sonido compuesto y ligero de las peinadas de su *con-*

*locatorio*, volvió hacia él la vista. Pudo entonces juzgarse que si bien había en su rostro una expresión de tranquilidad, había sin embargo en su alma una impresión de tristeza.

—¡Y después de tanto tanto tiempo sin verla!... añadió el elegante, agregando á la primitiva sonrisa un acento de zumbona compasión, y componiendo, á presencia del cuco espejito que sacó de la mismísima bolsa en que guardaba el peine, su ya bien puesta corbata.

—¡Bah! contestó con tono breve y aparentando indiferencia el socio. Pepito, continuó, ¿crees tú que eso me puede tanto?

—Segun, Eduardo. Solo que ya estás desengañado...

—¡Yo!... Quien sabe... Porque en fin, no la he vuelto á ver después...

—Siete, sí, van ya siete días que pasó... En resumidas cuentas, tal vez yo me figuro lo que no sea... ó ... tal vez sea mas de lo que yo me figuro. ¿Qué dices tú?

—¡Qué mano que te has chasqueado! exclamó con mímica seriedad Pepito, clavando en Eduardo la vista como quien pretendiese buscar, delectar así un misterio, é interrumpiendo la interesante operación de acepillar su brillante casaca.

—¡No! exclamó Eduardo con el acento de la convicción.

El sirviente, concluida ya su obra preparatoria, se retiró.

Y la mínima mesa se ostentó entonces ataviada con un mantel de alemánisco, sobre el cual, distantes cuanto el espacio lo permitía unos de otros, posaban tranquilos, pero desdichadamente vacíos, cuatro platos de fina porcelana, sustentando otros cuatro también vacíos.

Y en torno de la tal venturosa mesa, aparecieron cuatro sillas de composición anfibológica, inclinadas hacia ella como en

ademan de confiarle un gustoso é íntimo sentimiento de irresistible simpatía.

—Ví muy bien, prosiguió Eduardo acercándose á su amigo, un hombre que estaba parado debajo del balcon. No distinguí su cara, se me oscureció la vista, pero divisé al volver la esquina del palacio un bulto, una mujer segurísimamente, ella sin duda ninguna... estaba en el balcon... ¡Oh! de esto no me cabe duda.

—¡Hu! hizo Pepito continuando la accpilladura interrumpida... Y ¡qué harán los muchachos? añadió de improviso.

—Yo quisiera persuadirme, prosiguió Eduardo sin hacer alto en la extravagante transicion de su compañero, de que ella me... de que quiere á otro. A pesar de la prueba que creo tener y que nunca he pensado en desechar, dudo todavía. ¿Creerás que mi corazon me dice que no debo creer nada malo de lo que ví?... No sé lo que haga... La veré hoy... hoy por la última... ¿No te parece que la vea... por despedida?

—¡Síiiii! contestó el petrimetre con una entonacion de voz que terminaba en silbido, el cual silbido sirvió como introduccion á una cancioncilla que silbó, *talareó* y cantó formalmente mientras peinaba su codiciable bigote, y de la cual cancioncilla reproduciremos aunque en extracto la letra:

Mazurca querida,  
de mi polco amor,  
mis bolsas liberta  
de puro agarron.

Eduardo, mientras el *lion* de Indias se daba todo entero á su accesion de filarmonía, permanecia silencioso y pensativo.

—Luego, dijo aquel cuando hubo acabado su canto, es necesrrio meter el buen dia en casa, y ya que los *pureños* no están ahora fastidiándonos con sus fusilazos como ayer... A propósito, ¿no sabes el

susto que llevó ayer Chuchito Flores? Al venir por la calle de Vergara para la Monterilla á cosa de las doce, rompieron el fuego los descamisados de Regina sobre el Colegio de Niñas... Allí fueron los apuros... creyó que lo fusilaban sin remedio... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Pero lo que es por hoy no tendremos novedad sino hasta las tres de la tarde; me lo ha dicho Pepe Lémus.

Eduardo iba seguramente á decir algo, á tiempo que dos nuevos personajes invadieron el cuarto.

Dejamos al gusto del pintor los retratos de ellos, y á la fantasía del curioso lector el *ideal* de sus prendas morales.

Nos limitamos á decir que uno de los dos tenia ya conquistado el título glorioso de fistol.

Después de las salutations cordiales de estilo, aprestáronse los convidados, que con mil trabajos cabian en el retrete, á cerrar con el almuerzo apetitoso que acababa de poner en la mesa un sirviente de tez cobriza, pelo *lacio*, pantalon negripardo, chaqueta blanquinegra y mandil amarilloso.

—Vamos, chicos, prorumpió uno de los recién llegados, enristrando el tenedor y el cuchillo con la mas asombrosa resolucion; *sans façons, sans cérémonie*, como quien engulle puros, *sacrrrrre nom!... Hell and heaven!... ¡Eh, Pepito! en avant*, tan tan....

—Siempre como siempre, este Chuchito; siempre tan calavera, tan *atravanca-do*, tan... ¿Qué dices Perucho?

—¡Ja, ja, ja!... ¿Qué quieres que diga, chico? Ya sabes... Pero ya no es tanto, se va enmendando.

Una carcajada unánime, simultánea, estrepitosa partió de la boca de los concurrentes: una sola de las cuatro era notablemente forzada.

Esto llamó, como era preciso, la aten-

cion del riente trio, y de consiguiente provocó las cargas mas ó menos tenaces, mas ó menos pesadas.

A poco, el Burdeos, auxiliado del Champana y reforzado con el Marraschino se conjuraron contra la cauta reserva, la derrotaron y abrieron á las confidencias una amplia entrada. El mismo Eduardo, arrastrado por el ejemplo, por las excitativas cordiales de sus compañeros, hubo tambien de ser mas comunicativo que de ordinario, y tanto lo fué al cabo que desembuchó sus amoríos y aun el incidente nocturno que ya tenemos referido.

Y sus compañeros hicieron voto, con báquico entusiasmo, de ser desde aquel dia el propugnáculo del amante desventurado.

Como lo habia dicho Pepito, al anunciar la campana mayor de Catedral la hora de las tres de la tarde, el cañon abocado á la calle de Plateros recordó á los pronunciados que los *puros* no perdian las esperanzas de rendirlos combatiéndolos desde léjos.

Antójasenos que venia como de molde aquí precisamense una digresion política sobre el pronunciamiento llamado de los polcos.<sup>1</sup>

Pero tenemos el sentimiento de no poder, por algunas razones muy nuestras, distraernos en este lugar con la política.

(Continuará.)

<sup>1</sup> Hay en Méjico un pobre almanaquero que, dándola de cronista, ha publicado un relato tan parcial como disparatado del pronunciamiento á que nos referimos. Para dar una idea del tal escrito y de su autor, bastará decir que en el primero no se encuentran mas que injurias groseras, y que el segundo se ha dejado decir que los calendarios, como obras destinadas al pueblo, no requieren buena ortografía.

LA ROSA PAPAL.

El papa tiene la costumbre de dar todos los años una rosa de oro adornada de diamantes á aquel de los soberanos de Europa que manifiesta una piedad mas sincera.

CHARADA.

¿Cuál es un nombre que usamos no estando en el calendario, y que á muchas mejicanas con él las han bautizado?

A la imágen de ese nombre con respeto veneramos, y la Iglesia la celebra, pero con fúnebres cantos.

Con las primeras tres letras de esta insípida charada se forma un nombre de un astro que una nacion adoraba:

Es un eje sobre el cual el universo ha volado, y una nota musical tambien así la han llamado.

Si las tres letras primeras á dicho nombre quitares, queda lo que muchos viejos quisieran que les quitaran.

Con todas sus letras juntas Es un lugar que ha deseado el ermitaño, el poeta, el romántico, el malvado.

En fin, este hormoso nombre á ningun hombre se ha dado; es propio del bello sexo, *nadie se lo ha disputado.*

S. Fernandez.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

de la charada del núm. anterior:  
ROSA—RIO—ROSARIO—OSARIO.